veridad que hubieran podido hacerlo sus mayores enemigos.

—«En esta lucha,—dice,—andaba ya mi alma cansada; y aunque quería, no la dejaban sosegar las ruines costumbres que tenía. Acaecióme una vez entrar en el oratorio, y vi una imagen que habían traído allí á guardar. Era de Cristo muy llagado, y tan devota que, en mirándola, toda me turbé, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal que había pagado aquellas llagas, que el corazón parece se me partía, y me arrojé á sus pies derramando muchas lágrimas y suplicándole me fortaleciera de una vez para no ofenderle más.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. IX, número 1.)

Conocedor profundo de los sufrimientos morales que tanto martirizaban á la hija de Cepeda Fr. Vicente Barrón, la animaba sin cesar, disipaba sus dudas y le mostraba libre de escollos la senda que debía seguir. Tenía el religioso, al par de clarísimo ingenio, un alma llena de bondad, que le hacía interesarse vivamente por el bien espiritual de aquella criatura tan dócil como dispuesta á alcanzar las perfecciones más sublimes. Al escucharle Teresa, se encontraba fuerte y valerosa; y aunque al principio había juzgado extremadamente difícil su vuelta á la oración, guiada por él se acostumbró pronto, y llegó á encontrar tales atractivos en sus místicas dulzuras que nunca más volvió á dejarla.

CAPITULO IV

AMAR Y SUFRIR

I

Penetremos ahora en otro terreno harto escabroso, del cual con el favor de Dios, saldremos ilesos. Intentar en un siglo todo materialismo é indiferencia, donde la negación absoluta se expresa de la manera más desenfrenada, necia y orgullosa, hacer comprender que existen misterios de relación entre Dios y el alma, inasequibles á muchas inteligencias, lo juzgamos tarea en extremo difícil; pero si la creación los ofrece hasta en el cáliz de la flor mas sencilla, si hay seres y vidas que todavía no se nos han revelado, si la ciencia tiene también misterios incomprensibles, ¿por qué no hemos de concederlos á ese hálito espiritual que nos anima y pone en continua comunicación con el Supremo Creador?

La razón humana, extraviada y ciega por la soberbia que la domina, rechaza la fe como con-

traria á sus aspiraciones, y quiere mejor dudar de todo que confesar lo sobrenatural y misterioso, porque no lo ve ni lo entiende. ¿Es posible, dice, que se sienta ni se vea lo que nosotros no vemos ni sentimos? ¡Funesta aberración! ¿Han de ser iguales ante Dios las almas creyentes que las escépticas? ¿Qué aprecio hará del favor el que niega que puede recibirle? ¿Se verán tan claros los rayos del sol á través del finísimo y delicado cristal, como por el vidrio manchado de barro y ennegrecido de humo?

Los años dichosos vuelan como esas bandadas de azules golondrinas que las primeras nieblas de Otoño hacen emigrar á las costas del África: los tristes se deslizan como el agua que, gota á gota, se desprende de la desnuda piedra.

No intento yo declarar por menudo lo que fué la vida de Teresa durante mucho tiempo. Semejante á la navecilla que boga serena, sin apartarse nunca del derrotero que debe seguir, la hija de Cepeda, llena de humilde confianza, marchaba adelante abrazada á la cruz de sus trabajos. Ni las tribulaciones ni las amarguras, que á veces la abatían como carga desoladora, hacían flaquear su ánimo ni entibiar sus afectos; suplicaba al Señor que la ayudase, y refiriendo sus penas dice:

«Deseaba vivir, que bien entendía no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte; ni había quien me diere vida ni yo la podía tomar, pues el que podía dármela tenía razón en no socorrerme habiéndome tantas veces llamado á sí.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VIII, núm. 6.)

A los tormentos del alma se mezclaban, para exacerbarlos, los sufrimientos del cuerpo; violentos dolores la mortificaban de continuo, y cada mañana la acometían grandes vómitos; mas nada de esto era obstáculo para que fuese la primera en el coro y la última en recreación; pronta siempre á humillarse y á aceptar los trabajos más penosos, olvidábase de sí para atender al regalo y alivio de sus Hermanas.

Si consideramos las dificultades que ofrece la vida, no digamos á esos genios sublimes que tienen la misión de realizar grandes destinos, sino á los que siguen más trilladas sendas, no extrañaremos que con tan vivo fuego de *trabajos* se purificara el *oro* de una virtud que había de brillar eternamente. A medida que el monte es alto, se hace más difícil la subida; así la Reforma del Carmelo costó veinte años de angustias espirituales, y casi otros veinte de luchas y contradicciones, á la que Dios había destinado para tal obra.

II

Como existen criaturas que cifran todo su anhelo en sorprender los secretos de los que les rodean, no se escaparon mucho tiempo las tribulaciones de la hija de Cepeda á las escrutadoras miradas de Doña Inés; despierta su curiosidad, dióse á averiguar lo que sucedía á su Hermana en religión y á espiar hasta las lágrimas que derramaba.

Así pudo detallarlas á su sabor en la conversación que hemos referido; sus observaciones dieron margen á que otras repararan en ello;

misteriosos cuchicheos llenaron el claustro; el eco de las crujías les llevó á los jardines, y, arrebatados por la brisa, cundieron por toda Avila, dando motivo para que muchos hablaran de la humilde religiosa é interpretaran desfavorablemente la más sencilla de sus acciones.

Bien ajena de estos juicios, consagrábase Teresa cada vez más á la espiritual unión que anhelaba con el Amado de su alma; y sépase de una vez para siempre que no se dirigen estas páginas á los espíritus que se apellidan fuertes, sino á los creyentes y humildes. Porque éstos comprendan bien cómo por medio de la oración puede la criatura elevarse hasta el Creador: entienden cómo desasida del mundo se engolfa en mares inmensos y desconocidos, viendo lucir hemisferios de incomparable hermosura; cómo descansa embebida en dulcísimos deliquios, y cómo descender á la vida después de tan inefables delicias es sentir lo que el viajero que se duerme arrullado por el rumor de las palmeras en el oasis, y despierta al rugido del *simoun* entre las abrasadas arenas del desierto.

III

¿Por qué no querrán detener los hombres el ánimo fatigado, y recrearlo en cuadros sublimes cuando se ven obligados á marchar sin tregua hasta llegar al punto del eterno descanso?

La tranquila situación que disfrutaba la hija de Cepeda, comprada á costa de muchas lágrimas y torturas morales, le ofreció algún tiempo de bienestar desconocido para ella. Mientras procu-

raba perfeccionarse cuanto le era posible, favorecíala Dios con un género de contemplación especial que le hacía tener á Cristo siempre retratado en su alma: con *Él* comunicaba sus penas, y de *Él* recibía dulces consuelos.

Mas de pronto la asaltaron graves temores. ¿Serían las que juzgaba mercedes del Señor lazos que le tendía el enemigo? Esta idea, en vez de perjudicarle, trájola provecho, pues con mayor cuidado procuró guardar la pureza de su conciencia, al par que aumentaba el fervor de su espíritu; mas los recelos no cesaban, y, semejantes á la chispa que prende en un montón de leña seca, que pronto se convierte en incendio, crecieron de tal modo que se propuso consultar sobre ellos á personas doctas y de reconocida virtud, y entretanto ponía esmero en corregir sus más leves imperfecciones, y hacía entre sí esta consideración:

—«Si es espíritu de Dios el que siento, consigo trae la ganancia y provecho, y así no hay que temer; si es demonio, procurando yo tener contento al Señor y no ofenderle, poco daño me podrá hacer: antes él quedará con pérdida.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo XV, núm. 1.)

A pesar de tan buenos razonamientos, pronto se convenció de que por sí sola no tenía fuerzas para disipar sus dudas; y como crecieran los dones de Dios, y con ellos el deseo y temor de recibirlos, trató de buscar remedio comunicando sus trabajos con quien pudiera aliviarla de tal peso.

IV

Francisco de Salcedo, antiguo amigo de Don Alonso Cepeda, era un hidalgo de tan ejemplar virtud que se le citaba como perfecto modelo de jefes de familia. Teresa, que le estimaba mucho, le llamó un día en su niñez *el caballero santo;* y aunque fué dicho como inocente chanza, pareció el mote tan bien aplicado á sus cualidades, que en adelante le nombró siempre así; á él se dirigió la religiosa para consultar el grave asunto que la preocupaba. Salcedo, deseoso de tranquilizarla, ofreció hablar de ello al Padre Maestro Daza, varón eminente en santidad y letras.

Pero, ó la humildad de la hija de Cepeda le hizo explicarse mal, ó permitió Dios que el ilustrado teólogo no entendiera el verdadero estado de aquel alma, y dilató la respuesta hasta tener mayor seguridad; entonces, á pesar de su repugnancia en revelar los altos favores que recibía, la religiosa tuvo que manifestarlos claramente, y se valió para ello de un libro que le pareció á propósito para el caso, al margen de cuyas páginas señaló la semejanza que encontraba en ellas con la situación en que se hallaba su alma. Acompañó dichas notas con una detallada relación de su vida, que escribió por obediencia á la expresa voluntad del Maestro Daza.

Con gran temor de equivocarse, el religioso y Salcedo estudiaron el asunto, pues juzgaban, por lo que de sus faltas decía la heroica virgen, que Dios no había de conceder tan grandes mercedes á quien se acusaba de tales imperfecciones; así,

convinieron en que el espíritu que sentía era maligno, y aunque con harta pena por la que ella debía sentir, se lo dijeron después de mucho vacilar.

¡Cuál fué su dolor, puede considerarse; en vez de luz, hallaba tinieblas; en lugar de Dios, Satanás!

Las lágrimas corrían sin cesar por sus pálidas mejillas; los temores la perseguían por doquiera, y sus hermosos ojos negros, velados de tristeza, mostraban el abatimiento de aquel espíritu, siempre tan valeroso. ¿Dejaría la oración para no sentir los favores que ya la espantaban? Imposible; era su vida, su fuerza y su único bien.

Entonces, guiada por divina inspiración, se resolvió á consultar á un Padre de la Compañía de Jesús, llamado Baltasar Alvarez, excelente letrado y persona de gran virtud, á quien fió la dirección de su conciencia.

—«Quedó mi alma de esta confesión tan blanda,—dice al referir la primera que hizo con él,—que no hubiera cosa á que no me dispusiera, y así empecé á hacer mudanza en muchas, aunque no me obligaba; antes parecía hacer poco caso de todo.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXIV, núm. 1.)

Y al hablar después de los rumores que se propalaban contra ella por las variaciones que notaban en su manera de ser, añade:

—«Así el Señor me comenzaba á dar ánimo para pasar por algunas cosas que decían personas que me conocían, pareciéndoles extremos, y aun de nuestra Casa; de lo que antes hacía, razón te-

nían que era extremo; mas de lo que era obligado á el hábito y profesión que tenía, me quedaba corta.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXIV, núm 1.)

V

Dos meses hacía que luchaba Teresa con mil contrariedades, cuando llegó á Avila el Padre Francisco de Borja, nacido duque de Gandía, y que había renunciado á las vanidades del mundo para servir á Dios entre los hijos de Ignacio de Loyola; á su instancia el humilde jesuíta fué á visitar á la hija de Cepeda, escuchó sus cuitas; y después de meditar mucho en ello, la tranquilizó, asegurándola que era espíritu de Dios el que sentía, y que no debía resistirle más.

Gran consuelo fué para la combatida religiosa el oir la favorable opinión de persona tan docta y santa; así, cuando Francisco de Borja se ausentó de Avila, llevó consigo los temores y congojas que tanto habían atormentado á Teresa, hasta obligarla á rechazar por obediencia las mercedes divinas y tratar al Señor con el desprecio que si fuese el enemigo; dedicóse enteramente á la oración, y saboreó con plácida quietud los santos goces que hallaba en ella, mientras con la penitencia más dura purificaba su cuerpo y sufría resignada y alegre los juicios injustos que la perseguían.

CAPITULO V

CONSUELOS

I

Si Doña Inés de Guevara y otros espíritus inquietos ó envidiosos miraban con despecho la santidad que resplandecía en todas las acciones de la hija de Cepeda, el resto de la comunidad, y cuantas personas conocían sus virtudes, sentían aumentar el afecto y admiración que desde joven había inspirado. Las educandas preferían su conversación á los más gratos recreos, y doquiera se detenía un instante, acudían á rodearla y formar lo que pudiera llamarse con propiedad un coro de ángeles.

Algunos años antes había muerto Juana Suárez en tan buena opinión como sus virtudes y la profética visión de Teresa daba derecho á esperar; el dolor que esta pérdida causó á su fiel amiga se templó con el leal cariño de Juana Téllez, la joven religiosa que ya conoce el lector;